

eclesiástica que á la monástica, sobre todo en este tiempo en que las herejías de Nestorio y de Eutiques causaron tantos desórdenes en el Oriente, y obligaron á los religiosos elevados á la dignidad episcopal á consagrarse á la defensa de la fé ortodoxa. Así es que los historiadores se han dedicado á exponer sus virtudes episcopales, sin ocuparse de las que practicaron en su anterior estado.

En la vida del grande san Eutimio hemos dicho alguna cosa de Domno, que sucedió á Juan, su tío, en la silla de Antioquía. Máximo que le sucedió, habia sido abad de un monasterio. San Cirilo habla con mucho encomio de su piedad y de su celo por la fé. Él fué quien movió á este santo Doctor á escribir su explicación del símbolo, para impedir que los fieles se dejasen sosprender por los erróneos principios de Teodoreto Mopsuesteno. El mismo Santo menciona algunos abades que debian pertenecer á la diócesis de Antioquía, á los cuales dedica su obra; pero nada de particular sabemos acerca de ellos.

SAN TEOFANO Y SANTA PANSEMNA,
SAN RABULO, SAN JACOBO, SAN SIMEON SALUS
Y SANTO TOMAS DE APAMEA ¹

Hablamos de estos excelentes solitarios en un solo capítulo, porque los historiadores no nos han trasmitido memorias suficientemente amplias para formar muchos. San Teofano, de quien hacen memoria los Menologios griegos el 10 de junio, debió haber vivido en el siglo

¹ Procopio, Evagrio, Vita PP. los Bolandistas, Bulteau.

quinto, como opina Bulteau. Nació en Antioquía de padres idólatras, que le educaron en sus supersticiones, y le casaron á la edad de dieciocho años. Tres años despues perdió á su esposa, y se aprovechó de su libertad para hacerse cristiano, y al poco tiempo edificó una estrecha celda en las inmediaciones de la ciudad, en donde se consagró enteramente á los ejercicios de la vida solitaria, y á adquirir la perfección.

Los progresos que hizo en el estudio de las verdades de la religión le inflamaron de un celo tan ardiente por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, que habiendo sabido que una mujer de Antioquía, llamada Pansemna, vivia en grande desorden, y era motivo de caída para muchas personas, formó el designio de convertirla. Aún cuando sus intenciones eran muy buenas, debía desconfiar de sí mismo, por cuanto tenia que salir de su retiro para realizarlas; así es que oró muy fervorosamente para asegurarse de la voluntad divina, y el feliz éxito que obtuvo demuestra que habia obrado por movimiento de la divina gracia.

Salió, pues, de su celda, y se dirigió á la casa de su padre para vestirse lujosamente y tomar una suma considerable, sin decir á nadie el motivo de su conducta. En seguida pasó á la casa de Pansemna, quien, al verle, creyó que venia á aumentar el número de sus adoradores. Mientras que ella abrigaba tan insensatos pensamientos, Teofano le preguntó cuanto tiempo hacía que llevaba aquella vida licenciosa. «Hace doce años, respondió ella, y en verdad os dijo, que entre todos los hombres á quienes he conocido no hay uno por quien mi corazón haya sentido tanto atractivo como por vos. Está muy bien, respondió Teofano; pero para que entremos en relaciones, es preciso que sean muy honestas,» y al mismo tiempo le enseñó el dinero que llevaba, como una prueba de sus buenas intenciones.

Pansemna creyó que pretendia casarse con ella, lo cual le era muy honroso, dada la situación en que se encontraba; así es que aceptó gustosa la proposición. En seguida la dejó Teofano para ir á edificar una celda algo distante de la suya, con objeto de encerrarla en ella, y cuando volvió, le exigió como primera condición que se hiciese cristiana. Pansemna manifestó grande repugnancia; pero como así lo queria Teofano, consintió al fin en ser bautizada. Durante siete dias fué instruida en los misterios de la religión, y especialmente en la recompensa que Dios tiene preparada en la otra vida á la virtud, y en los terribles suplicios con que castiga el crimen, lo que, unido á las vivas exhortaciones de Teofano y á la divina gracia, hizo que despues del bautismo no pensara ella en otra cosa, que en secundar los designios de este Santo, que no eran otros que el que consagrarse su vida al servicio del Señor.

En su consecuencia, dió libertad á sus esclavos, empleó en obras de piedad todos los bienes que habia adquirido con el crimen, y se retiró á la celda que el Santo le habia edificado. La vida penitente que emprendió fué tan perfecta, que Dios la favoreció con el don de milagros, y lo es que aún más notable, en ménos de veintidos meses se elevó á este eminente grado de perfección, y consumó el curso de su vida en el ósculo santo del Señor. Muy poco tiempo le sobrevivió san Teofano, y los Griegos dan á entender que, habiendo sido cada uno enterrado en su respectiva celda, fueron despues trasladadas sus reliquias á un oratorio de Antioquía. Así lo creen los continuadores de los Bolandos.

No es éste el solo ejemplo que nos suministra la historia monástica del celo con que algunos solitarios procuraron la conversión de algunas de estas desgraciadas mujeres, y la manera singular con que se conducian de-

muestra que su celo era inspirado por el mismo Dios. San Juan el Limosnero cita un ejemplo á este propósito, y que vamos á exponer en este lugar, por referirse á un solitario que murió en la ciudad de Tiro.

Refiere este Santo que leyó en la vida de un Padre, que, yendo dos solitarios á la ciudad de Tiro, encontró uno de ellos en el camino á una mujer de mala vida, que le dijo: « Padre mio, salvadme, como Jesucristo salvó á la pecadora. » Sin pensar en lo que pudiera decirse, la llevó á un monasterio. Los que le vieron juzgaron que queria abandonar su profesión para unirse á aquella mujer, confirmándose más en esta sospecha, cuando los vieron entrar en una iglesia que habia en el camino, en donde encontraron á un niño abandonado de todo el mundo. Movida á piedad la mujer, lo tomó para criarlo, queriendo sin duda con este acto de misericordia alcanzarla de Dios. Así pues, hubo que diferir su resolución de hacerse religiosa hasta que hubo criado á este niño. Sin embargo, el solitario la hizo bautizar y cambiar el nombre de Porfiria que llevaba por el de Pelagia.

Las lenguas malignas no dejaron de ensañarse en este religioso. Todo lo sufrió con humildad y paciencia admirable, sin decir ni una sola palabra para justificarse; pero habiéndole revelado el Señor que se acercaba el fin de su vida, suplicó á Pelagia que viniese á Tiro. Habia en esta época religiosas que no guardaban clausura, y de este número era Pelagia; así es que podia tener consigo al niño que habia criado. Vino, pues, á Tiro, acompañada de éste, que ya tenia siete años. Al poco tiempo cayó enfermo el solitario, y vinieron á verle muchas personas. Sintiendo que se acercaba su última hora, y viendo que habria unas cien personas al rededor de su lecho, royó que se le trajese un poco de fuego, y que lo calocasen sobre sus ropas, diciendo: « Así como la zarza que vió

Moisés ardia sin consumirse, de la misma manera estad seguros, hermanos míos, de que por la gracia de Dios no he cometido el pecado que se me atribuye. » Los circuns- tantes vieron, en efecto, que el fuego no había causado daño alguno en sus hábitos, y por medio de este prodigio reconocieron su inocencia, quedando llenos de admiración y alabando al Señor, que tiene tanto servidores ocultos, y cuya virtud es desconocida á los hombres. Así entreyó este solitario su alma al Señor despues de haber desengañado al mundo de la desfavorable opinión que de él había formado. En cuanto á Pelagia, el ejemplo de su conversión sirvió para la de otras muchas, que, habiendo imitado sus desórdenes, quisieron imitar su penitencia en el monasterio en que ella entró.

De san Rabulo no sabemos otra cosa que lo que nos dicen los griegos en sus *Méneos*, de donde consta que era natural de Samosata, y que fué criado por un hombre muy célebre llamado Barupsabas. Desde su infancia abrazó la práctica de la virtud, y á ejemplo del gran Elías y del Bautista, se retiró á la soledad, prefiriendo el silencio de las montañas y de las cavernas al ruido de las ciudades. Esto no impidió que la reputación de su virtud se extendiese por todas partes, y que atrajese á muchas personas á su retiro. Algunos años despues se resolvió á retirarse á otro lugar más oculto, y para ello tomó á un compañero, con el cual pasó á Fenicia, y estableció su morada en la cumbre de una montaña, en donde esperaba vivir enteramente oculto á los ojos del mundo. Pero sucedió todo lo contrario : pues el esplendor de sus virtudes, cual el de una llama encendida en una altura, muy pronto delató su retiro, y se vió visitado por las más distinguidas personas. Vióse, pues, obligado á ceder á los deseos de las personas que venian á instruirse, y tuvo que admitir á muchos discípulos.

Bién pronto se hizo el número de estos muy considera-

ble, y edificó un gran monasterio con la liberalidad del emperador Zenón y de Juán gobernador de Berite. Este establecimiento tuvo otras ventajas que la santificación de los religiosos ; pues juntamente con ella, trabajó en la conversión de los idólatras, que en grán número quedaban todavía en aquella comarca, teniendo la dicha de convertirlos á casi todos á la fé de Jesucristo.

Volvió á Constantinopla despues de la muerte del emperador Zenón, y alcanzó de Atanasio, su sucesor, la construcción de un monasterio, que más tarde se llamó de Rabulo. Edificó algunos otros en varios lugares. Tales fueron los trabajos de su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. En cuanto á sus virtudes, se distinguió por su discreción en todas las cosas, por su modestia, por su dulzura y por su humildad, hallándose siempre dispuesto á ayudar á sus hermanos con sus consejos y buenas obras. El demonio le atacaba de tiempo en tiempo ; pero para rechazarle, se servia de pasajes de las sagradas Escrituras, cuyas palabras dictadas por el Espíritu Santo han sido siempre terribles para las potestades de las tinieblas.

Había llegado á los ochenta y un años de edad, cuando oyó una voz del cielo que le hizo esta consoladora invitación : « Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados : yo os consolaré. » Al poco tiempo una breve enfermedad le arrebató de la tierra. Esto acaeció en el año 530, de donde se deduce que nació en 449 ó 450.

El historiador Procopio nos ha dado á conocer, por medio de un milagro que refiere, el mérito de Jacobo, solitario de Mesopotamia, y que tenia su retiro á una jornada de Amida¹, « Cabades², dice, rey de Persia, resolvió hacer la guerra á los Romanos, y sin previa declaración, comenzó las hostilidades entrando en la Mesopotamia hasta la ciudad

¹ Hoy Diabekir.

² O Kobad.

de Amida, á la que puso cerco durante los rigores del invierno... Habia entónces en Siria un hombre de rara virtud llamado Jacobo, que se hallaba enteramente *consagrado* á las obras de piedad, y para que nada le turbase, hacia muchos años que se habia encerrado en un pequeño recinto situado en territorio de los Endolienses, á una jornada de Amida. Algunas personas del pais, para ayudarle en su piadoso designio, le habian hecho una cerca cubierta de ramaje, y como estaba hecha de piedras, tenia muchos claros por donde se le podia ver y hablar. Allí llevaba con una paciencia admirable las incomodidades del calor y del frio: no se alimentaba más que con legumbres, y aún durante muchos días se abstenia de todo alimento. »

« Habiéndole apercebido algunos nefalitas que vagaban por los campos, quisieron herirle con sus flechas; pero sus manos quedaron como atadas á los arcos y privadas de todo movimiento. La fama de este milagro se extendió por todo el ejército, y llegó a oídos de Cabádes, que quiso verlo con sus propios ojos. Quedó tan admirado de su virtud, que rogó á Jacobo que perdonase á los bárbaros que le habian ofendido, y al momento quedaron libres sus manos. Cabádes ofreció darle cuanto deseara, creyendo que le pediria una gran cantidad de dinero; pero no le exigió otra cosa que garantías de seguridad para todos los que se refugiasen á su lado, y en su consecuencia, Cabádes le expidió las correspondientes letras. Cuando se supo esto en el pais, acudió una gran multitud de personas buscando la seguridad de su vida y de sus bienes. » Todo esto acaeció bajo el imperio de Atanasio, hacia el año 502. La fiesta de san Jacobo se halla asignada en el Martirologio Romano en el día 6 de agosto.

Tenemos que hablar ahora de un Santo, que, por una conducta más admirable que imitable, se fingió insensato durante muchos años, por lo cual se le ha dado el sobre-

nombre de Sal ó Salus, es decir, el extravagante; pero cuyo propio nombre era el de Siméon. Nació en Edesa, de padres muy nobles y ricos, que se esmeraron en educarle en la lengua y en las ciencias de los griegos, llegando á captarse las simpatías de sus compatriotas por los grandes progresos que hizo en ellas desde su más tierna juventud. Concluidos sus estudios, hizo un viaje á Jerusalem, á donde iban los pueblos de Edesa y otros comarcanos en peregrinación el día de la santa Cruz, que se celebraba en setiembre. Siméon iba acompañado de varios parientes y conocidos, y principalmente de un amigo de toda su intimidad, llamado Juan. Cuando ambos hubieron satisfecho su piadoso deseo de visitar los Santos Lugares, y ántes de regresar á su pais por el valle de Jericó, tuvieron curiosidad de visitar los monasterios que se extendian á las orillas del Jordán, y quedaron tan edificados de las virtudes que observaron en los religiosos, que resolvieron renunciar al siglo y entrar en el monasterio de san Gerasimo, de que era abad el bienaventurado Nicón, el cual les dió el hábito monástico, y les admitió en el número de sus discípulos. Se aprovecharon tan bién de sus enseñanzas, y concibieron tanto ardor por la penitencia, que manifestaron deseos de abrazar la vida de los anacoretas, y con la anuencia de su superior se retiraron al desierto del otro lado del Mar Muerto, en donde permanecieron por espacio de veintinueve años, consagrados al silencio y á las más austeras prácticas. El demonio les atacó con violentas y obstinadas tentaciones; pero la gracia del Señor les hizo triunfar de todas ellas.

Pasado este tiempo, conoció Siméon que Dios queria santificarle por el camino de los oprobios y de las humillaciones, y que por este medio se habian de santificar otros muchos. Comunicó á Juan sus designios, que, léjos de aprobarlos, hizo toda clase de esfuerzos, y hasta empleó las lágrimas para disuadirle: pero como Siméon no podia re-

sistir al impulso que le arrastraba, y que Juan no podia comprender, se separaron, y nuestro Santo volvió á Jerusalem para visitar segunda vez los Santos Lugares, de donde pasó á Emesa, en Siria, y en donde permaneció hasta el fin de su vida.

Allí, entregándose á su amor por la humillación, empezó á practicar actos que chocaban con la prudencia humana, lo que no tardó en constituirle objeto de las risas del pueblo. Pero esta locura aparente, que ocultaba las grandes virtudes de su alma, no impidió que algunas personas dotadas de perspicacia, penetrasen sus intenciones, y admirasen en él una piedad tanto más extraordinaria, cuanto más se esforzaba por ocultarla á los ojos del mundo.

Así es que su vida llegó á ser un problema para los habitantes de Emesa. Se le veia, por una parte, correr por las calles con un traje de bufón, jugar con los muchachos, mezclarse en las reuniones publicas, entrar en las tabernas y comer con toda clase de personas y toda clase de manjares, hablar con los aventureros, ofrecerles dinero, solicitar su amistad, y hacer otras mil cosas que indicaban tener trastornada su cabeza, y llevar unas costumbres desarregladas. Pero por otra parte, no dejaban de apercibirse, por más que procurase ocultarlo, que su ayuno era muy rigoroso, pues con frecuencia pasaba semanas enteras sin tomar alimento alguno, y sus costumbres eran tan puras, que muchas mujeres de mala vida, á quienes hablaba, no tardaban en dejar sus desórdenes.

Miéntas que su conducta exterior le daba una reputación equívoca, Dios le justificaba con los dones maravillosos con que le favorecia, y entre otros con el de milagros y el de profecía. Una doncella le acusó calumniosamente, y el Santo, encontrando una ocasión oportuna para pasar por un gran pecador, no quiso defenderse; pero Dios le justificó de una manera la más evidente, y la que le habia

calumniado se vió obligada á confesar la verdad, y á hacer justicia á su inocencia.

En otra ocasión se le vió golpear con un látigo las columnas de los edificios públicos, diciendo: «Teneos firmes, porque vais á bailar.» Esta acción, que parecia ser de un insensato, fué la predicción del terrible terremoto que fué tan funesto á Emesa, á Antioquia y á otras comarcas de la Siria en 550, en tiempo del emperador Justiniano. Se notó que ninguna de las columnas azotadas por el Santo cayó á tierra.

Un dia fué á la escuela pública, y dijo á los niños que tenian que hacer un viaje muy largo. Los maestros se mofaron de él creyéndole un loco; pero á poco conocieron que era una predicción de la peste que no tardó en asolar toda la ciudad, y que arrebató á todos los niños, á quienes dirigió sus palabras. Pero la mayor prueba de su sabiduría fué la reforma de las costumbres realizada por sus piadosas insinuaciones, ocultas bajo una aparente locura; pues convirtió á muchas mujeres licenciosas y á muchos jóvenes de mala conducta. Llegó, por ultimo, un dia en que todo el mundo abrió los ojos, y Simeón fué tanto más enaltecido y venerado, cuanto más se habia despreciado á sí mismo. Sus buenos consejos fueron también de mucha utilidad á los católicos, á muchos de los cuales preservó de la herejía de los acéfalos.

Se cree que murió en tiempo del emperador Justino. Dos dias ántes de su muerte hizo el relato de su vida á Juan, arcediano de Emesa, en cuya casa habitaba, y apoyándose en sus notas, la escribió cincuenta años despues Leoncio, obispo de Nápoli, en Chipre. Este mismo Leoncio es el que escribió la historia de san Juan el Limosnero. Evagrio dedica un capítulo de su Historia eclesiástica á este Santo, de quién era casi contemporáneo. El Menologio de los griegos y el Martirologio Romano hacen mención de este Santo el dia primero de julio.

Evagrio, á quien acabamos de citar, habla también de santo Tomás, religioso de Apamea, y dice que, como Simeón, llevó una vida muy austera, lo cual indica, como dice Bulteau, ó que fué monje como él, ó que también se fingió insensato, como se da á entender en el sumario del capítulo. De esta opinión es Bolando, que le llama santo Tomás Salus; pero no la creemos muy fundada, porque dice Juan Mosch, que era procurador del monasterio, y no es de presumir que se confiara este empleo á un religioso que pasara por loco. Como quiera que sea, dice Evagrio, que, habiendo pasado á Antioquía con objeto de evacuar algunos asuntos de su monasterio, fué á solicitar á Anastasio, ecónomo de la gran Iglesia, el pago de una pensión que ésta satisfacía á su comunidad. Incomodado el ecónomo con su exigencia, le dió una bofetada, y habiéndose indignado los que presenciaban esta acción tan inicua, les manifestó Tomás que muy pronto no se hallaría Anastasio en disposición de dar ni de recibir cosa alguna. No tardó en cumplirse esta predicción, pues Anastasio murió á la mañana siguiente, y habiendo caído enfermo Tomás poco despues, y ántes de regresar á su monasterio, fué llevado al hospital de la Iglesia de santa Eufemia, en el barrio de Dafné, en donde murió. Como no era de la ciudad, se le enterró en el cementerio destinado á los extranjeros. A la mañana siguiente se enterró otro cadáver sobre el del Santo; pero algunas horas despues fué hallado este cadáver fuera del sepulcro, lo que se repitió por dos veces, de modo que fué preciso colocarlo en otro lugar. Algunos dias despues colocaron otro cadáver sobre el suyo, y ocurrió lo mismo que con el primero. Este milagro dió á conocer la santidad de Tomás. El patriarca Efrén¹,

¹ Buteau dice que esto ocurrió en tiempo del patriarca Domno segundo; pero Evagrio, á quien siguen los continuadores de los Bolandistas, dice que era entonces Efrén el patriarca.

que vivía en aquella época, fué avisado de lo que ocurría, y trasladándose con su clero al lugar del sepulcro, ordenó que las reliquias del Santo fuesen trasladadas al cementerio en que descansaban las de muchos mártires, y al punto cesó la peste que afligía á esta ciudad. Atribuyóse este beneficio á las oraciones del Santo, por lo cual se le erigió un oratorio en el cementerio. Santa Marta, madre de san Simeón el jóven, deseó ser sepultada junto á este oratorio, lo cual indica cuán grande era la veneración que se profesaba á este santo religioso. El Martirologio Romano celebra su fiesta el 18 de noviembre.

SAN TEODULO, SAN SIMEON EL JOVEN Y OTROS ESTILITAS¹

Muchos anacoretas, movidos del ejemplo de san Simeón Estilita, quisieron abrazar su género de vida, y edificaron á los fieles con la austeridad de su penitencia. San Daniel se hizo célebre en Constantinopla, y san Teodulo le imitó en Siria, viviendo en una columna. Distinguióse éste en el mundo por la nobleza de su nacimiento y por la dignidad de gobernador de Constantinopla, y según otros, de prefecto del Pretorio, en tiempo del emperador Teodosio el Jóven. La conducta que observó en estos elevados puestos fué un modelo de probidad y de sabiduría; pero disgustado de los desórdenes que reinaban en el mundo, y principalmente de la avaricia y violentas exacciones de los oficiales

¹ Concilio II general de Nicea, Evagrio, Nicéforo Urano, Juan Mosch, los Bolandistas, Baronio y Bulteau.